

—Ya me entiendes, viejecito... nada de trampas ni de farsas... Esa señora lo entiende.

—¿Con que lo entiende?—dijo el viejo, pero entre sus dientes.

—Tanto como tú y como yo, lo repito.

—Pero vamos á ver...

Y acercó su hocico al lindo rostro, y entre los dos se veía escrita la chalanería, tanto sobre el viejo pergamino como sobre el pétalo de la rosa.

—Pero, vamos á ver, ¿quién es esa mujer? Bien puedes decirme, puesto que soy del negocio.

—Es...

Séfora se detuvo un momento, ató las bridas de su sombrero bajo el óvalo de su rostro, lanzó al espejo una mirada satisfecha de mujer linda, á la que se mezclaba un nuevo orgullo.

—Es la condesa de Spalato...—dijo grave y solemnemente.

IX

En la Academia.

El clásico palacio que duerme bajo el plomo de su cúpula, al extremo del puente de las Artes, á la entrada del París de estudio, tenía cierta mañana un aspecto de vida insólito, y parecía adelantarse fuera de la línea del malecon. A pesar de las lluvias, una de esas lluvias de Junio que llega siempre á chaparrones, la multitud se oprimía bajo la escalinata de la puerta principal, se desarrollaba en cola de teatro ó de Banco y corría bajo la bóveda de la calle del Sena; una multitud con guantes, elegantemente vestida, discreta, que se aburría con paciencia, sabiendo que entraría, que iba á entrar, como así lo manifestaban las tarjetas de diferentes colores, brillantes en medio del chubasco, de que cada uno se hallaba provisto. Asimismo los carruajes tomaban la fila sobre el desierto malecon de la Moneda; todo lo que París contiene de lujosos equipajes, libreas coquetas ó expléridas, democráticamente abrigadas con paraguas ó impermeables, dejando ver las pelucas en martillo, el dorado de los galones, y sobre los bruñidos tableros los escudos, grandes blasones de Francia y de Europa, y hasta régias divisas, como una

coleccion de Hozier movable y gigante expuesta á lo largo del Sena. Cuando se deslizaba un rayo de sol, una escapatoria del sol parisien, que tiene la gracia de sonreir con su sério rostro, todo brillaba en reflejos lucientes por la humedad, los casquetes de los guardias, la linterna de la cúpula, los leones de bronce de la entrada, ordinariamente polvorosos y mates, y entónces de un magnífico negro lavado.

De tarde en tarde, en los dias de recepciones oficiales y solemnes, el viejo Instituto tiene súbitos é interesantes momentos de vida. Pero aquel dia no se trataba de recepcion. La estacion estaba ya muy adelantada; y los recipiendarios, coquetones como cómicos, no consentirian en debutar, despues de haber pasado el premio de París, estando cerrado el salon y hechas las maletas para el viaje de verano. Sólo se trataba de una distribucion de premios académicos, ceremonia sin gran ostentacion y que generalmente no atrae más que á las familias de los laureados. Lo que producía aquella afluencia excepcional, aquella aristocrática agrupacion en las puertas del Instituto era, que en el número de las obras premiadas se hallaba el «*Memorial del sitio de Ragusa*,» por el príncipe Rosen, y la colonia monárquica se habia aprovechado de ello para organizar una manifestacion contra el gobierno bajo la proteccion de los agentes de policia. Por una feliz casualidad, ó merced á alguna de esas intrigas que minan misteriosamente los terrenos oficiales ó académicos, el secretario general y perpétuo se hallaba enfermo, y por lo tanto no podia leer su Memoria acerca de las obras premiadas; por lo que se encomendó este trabajo al noble duque de Fitz-Roy, sabiendo que, legitimista hasta la última gota de su sangre, subrayaria, haria valer los pasajes más ardientes del libro de Herbert, de aquel bello folleto histórico á cuyo alrededor se habian agrupado todas las abnegaciones, todos los favores del partido. En suma, era una de aquellas protestas maliciosas que la Academia osaba presentar aun bajo el imperio, y que autorizaba la indulgencia de esta buena muchacha de República.

Es medio dia. Los doce golpes del martillo hiriendo la campana del antiguo reloj, ocasionan un rumor, un movimiento general en la apiñada multitud. Se adelantan, lenta, metódicamente hácia las entradas de la plaza y de la calle Mazarino, mientras que los carruajes, girando en el patio, dejan á sus amos provistos de targetas privilegiadas, bajo el pórtico en donde se agita, rodeado de ugieres con cadenas doradas, el jefe de la secretaria, cubierto de galones de plata, corriente, afable, como el buen mayordomo del palacio de la Bella durmiente del Bosque, el dia en que despues de un sueño de cien años la princesa se despertó en un lecho de gala. Las portezuelas chocan, los groseros lacayos con sus largas levitas saltan de sus puestos; y saludos, reverencias, sonrisas, cuchicheos de mundo de tertulianos, se cambian y se pierden con el roce de la seda en la alfombrada escalera que conduce á las tribunas reservadas, ó en el estrecho y pendiente pasillo, gastado por el pisoteo de los siglos que comunica con el interior del palacio.

El anfiteatro de la sala, destinado al público, se llena. Las gradas, ennegreciéndose una á una, cubren hasta la cimbra, en donde las últimas filas de pié ostentan sus siluetas en las arqueadas vidrieras. No hay un sitio desocupado. No se ve más que un amontonamiento de cabezas que ilumina un dia de iglesia ó de museo, más frio aún por los amarillentos y lisos estucos de las paredes y mármol de las grandes estatuas meditativas, Descartes, Bossuet, Massillon, toda la gloria del gran siglo fijada en un gesto inmóvil. En frente del hemiciclo, algunos asientos vacíos, una mesa cubierta de verde con el tradicional vaso de agua, esperan á la Academia y su presidencia, que pronto entrarán por aquellas altas puertas dominadas por una dorada y tombal inscripcion: LETRAS, CIENCIAS, ARTES. Todo esto es antiguo, frio, pobre y contrasta en extremo con los primorosos trajes que hacen de la sala un florido jardin. Telas claras, medios colores, grises aterciopelados, rosas aurora, en la nueva moda bastante cenida, que lanza destellos de azabache y acero,

peinados ligeros cubiertos de mimosas y encajes, reflejos de pájaros de las islas entre lazos de terciopelo y pajas color de sol, y sobre todo esto, el movimiento regular, continuo, de grandes abanicos, cuyos finos olores hacen guiñar los ojos al gran Bossuet. Aunque representantes de la Francia, no es esta una razón para oler á mohó y presentarse dando miedo.

Todo lo que hay en París de más *chic*, de bien nacido, de buen pensar, se ha citado allí, se sonrien, se reconocen por señales masónicas, la flor de los clubs, la crema del barrio, una sociedad que no se prodiga, que en nada se mezcla, que no se vé nunca en los estrenos de los teatros, que sólo concurre á ciertos dias de ópera ó de Conservatorio, un mundo acolehado, discreto, que se encierra con gran refuerzo de cortinones en sus salones de juego y á cubierto del ruido de las calles, y que no hace hablar de él más que por una muerte, ó un proceso de divorcio, ó alguna exéotrica aventura de uno de sus miembros, héroes del «Peregil» y de la Goma.

Entre aquella escogida reunion, se ven algunas nobles familias de Iliria, que han seguido á sus príncipes en el destierro, bellos tipos de hombres y mujeres, demasiado acentuados, demasiado exóticos en aquel medio refinado; luego, agrupados en ciertos puntos aparentes, las camarillas académicas que preparan anticipadamente las elecciones, que apuntan los votos, y cuya cooperacion vale más para un candidato que toda la inteligencia y fuerza de su génio. Ilustres tronados del imperio se entremeten en estos «viejos partidos,» á costa de los que han agotado en otro tiempo sus ironías de advenedizos; y tambien por muy escogida que sea la asamblea, algunas sanguijuelas de «los estrenos» célebres por sus lazos monárquicos, han penetrado allí sencillamente vestidos, con dos ó tres actrices á la moda, enganchadoras conocidas en París, visiones tanto más banales y tan públicas, cuanto que otras mujeres, y de todas sociedades, tienen empeño en imitar. Y luego, periodistas, corresponsales de periódicos extranjerios, armados de carteras, lápices perfec-

cionados, y pertrechados de piés á cabeza como para un viaje al centro de Africa.

En la parte baja, en el círculo reservado al pié del estrado, se ve á la princesa Coletta de Rosen, la mujer del laureado, con su delicioso traje azul-verdoso, cachemira de la India y *moirée antique*, con aire triunfante, brillando bajo los esparcidos bucles de su cabellera, color de flor avena loca. A su lado, un hombre grueso, de vulgar semblante, el tío Sauvadon, muy orgulloso por acompañar á su sobrina, pero que en su celo ignorante y en deseo de honrar la solemne ceremonia, se habia vestido en traje de baile. Esto le causaba mucho disgusto; incomodado por su corbata blanca, como por una canga china, espiaba á todos los que entraban, esperando hallar algun compañero en traje. No habia ninguno.

De todo aquel mosaico de colores y de animados rostros, sube bien pronto un fuerte ruido de voces, ritmado, pero distinto, que establece una corriente magnética de un extremo á otro de la sala. La menor risa se extiende, se comunica la menor señal, el gesto mudo de dos manos que se separan preparándose á aplaudir, se apercebe desde lo alto á lo inferior de las gradas. Es la franca emocion, la benevolencia curiosa de la primera representacion de una obra, cuyo éxito está asegurado; y cuando de tiempo en tiempo pasan algunas celebridades á ocupar su puesto, el estremecimiento general se dirige á ellas, y sólo á su paso apaga su rumor curioso ó admirador.

¿No veis en lo alto, debajo de Sulley, á aquellas dos mujeres que acaban de entrar, acompañadas de un niño, y que ocupan el frente de la tribuna? Son la reina de Iliria y la reina de Palermo. Las dos primas, con su busto recto y altanero, vestidas de la misma faya color de malva, con antiguos bordados, y sobre sus cabellos rubios ó trenzas castañas la misma caricia de largas y ondulantes plumas alrededor de un contrerón en diadema, forman la encantadora oposicion de dos tipos nobles perfectamente distintos. Federica ha palidecido; la dulzura de su sonri-

sa se entristece con un pliegue de vejez, y el rostro de su morena prima marca también las inquietudes, los apuros del destierro. Entre ellas, el niño conde de Zara sacude los bucles de sus dorados cabellos, que adornan su cabecita cada día más firme, más vigorosa, cuya mirada y cuya boca han adquirido cierta seguridad. Verdadera semilla de rey que empieza á florecer.

El viejo duque de Rosen ocupa el fondo con otro personaje, no Christian II, que se ha librado de una ovación cierta, sino un gran moceton, de enmarañada cabellera, un desconocido cuyo nombre no será pronunciado ni una sola vez durante la ceremonia, y que, sin embargo, debía estar en todas las bocas. Esta fiesta se da en honor suyo; él es quien ha dado ocasión para este glorioso *requiem* de la monarquía, al que asisten los últimos gentiles hombres de Francia y las familias reales refugiadas en París; porque allí están todos los desterrados, los desposeídos del trono, venidos para honrar á su primo Christian, y no ha costado poco trabajo colocar todas aquellas coronas conforme á las leyes de la etiqueta. En ninguna parte son más difíciles de resolver las cuestiones de preeminencia, como en el destierro, en que las vanidades se agrian, en que las susceptibilidades se envenenan como verdaderas heridas.

En la tribuna Descartes,—todas las tribunas llevan el nombre de la estatua que las decora—el rey de Wesfalia guarda una actitud altanera que hace aun más chocante la fijeza de sus ojos, ojos que miran, pero que no ven. De tiempo en tiempo sonríe en una dirección, se inclina hácia otra. Su constante preocupación es de ocultar su incurable ceguera; y su hija le ayuda á ello con toda su abnegación, su hija, alta y delgada, persona que parece inclinar la cabeza bajo el peso de las trenzas doradas, cuyo matiz ha ocultado cuidadosamente á su padre. Al rey ciego sólo le gustaban las morenas. «Si hubieras sido rubia, decía algunas veces acariciando los cabellos de la princesa, creo que te hubiera amado ménos.» Pareja admirable que seguía el camino del destierro con la dignidad, la calma tranquila de un paseo á

través de los parques reales. Cuando la reina Federica tenía sus horas de desaliento, pensaba en aquel enfermo guiado por aquella inocente, y se reconfortaba al acento tan puro que de ellos emanaba.

Más lejos, con un turbante de lustrosa seda, la bastota reina de Galicia, parecida por sus abultadas mejillas, y su tez ordinaria á una gran naranja de gruesa piel. Ella habla por los codos, resuella, se abanica, rie y charla con una mujer aún jóven, cubierta con una mantilla blanca, fisonomía triste y buena, surcada por esa arruga producidas por lágrimas que vá desde los ojos ligeramente enrojecidos, hasta la pálida boca. Es la duquesa de Palma, excelente criatura predestinada á las sacudidas, á los terrores que le dá el aventurero monarca de caminos reales, al cual está ligada su vida. Y él también está allí, el gran diablo, y pasa familiarmente por entre las dos mujeres su negra y luciente barba, su cabeza de angelon bronceada por la última expedición tan gravosa y tan desastrosa como las precedentes. Ha jugado al rey, ha tenido una corte, fiestas, mujeres, *Te Deum*, recibimientos bajo arcos triunfales. Ha caracoleado, decretado, bailado, hecho hablar á la tinta y á la pólvora, vertido sangre, sembrado ódios. Y, perdida la batalla, lanzando un «sálvese el que pueda,» se refugia en Francia, para buscar nuevos reclutas á quien sacrificar, nuevos millones que fundir, conservando su traje de viajes y aventuras, el gaban ceñido á la cintura, adornado con botones y trencillas que le dan el aire de un verdadero *gitano*.

Toda una juventud se mueve y habla alto en aquella tribuna con la desenvoltura de una corte de la reina Pomaré; y la lengua nacional, ruda y ronca, en trozos euskaros, pasa de unos á otros, acompañada de familiaridades y tuteos cuyo secreto se cuchichea por toda la sala.

¡Cosa extraña! En un día en que los buenos sitios son tan raros que hasta se ven príncipes de la sangre colocados en el anfiteatro, una pequeña tribuna, la tribuna Bossuet se halla vacía.

Todos se preguntan quién debe ocuparla, qué gran dignatario, qué soberano de paso por París tarda tanto en aparecer, y va á dejar que empiece la sesion sin él. El reloj dá la una. Una voz seca resuena fuera. ¡Presenten... arm!... y al choque automático de los fusiles, y por las altas puertas abiertas de par en par, hacen su aparición LAS LETRAS, LAS CIENCIAS, LAS ARTES.

Lo que hay de más notable en aquellos ilustres, tan vivos, tan dispuestos conservadores, podia decirse, por un principio, una voluntad de tradicion, es que los más viejos afectan cierta pretension de juventud, de animacion bulliciosa, al paso que los jóvenes se esfuerzan en parecer tanto más graves, cuanto sus cabellos están ménos grises. El aspecto general carece de grandeza, con el perfecto peinado moderno, el frac negro y sobre ropa oscura. Lapeluca de Boileau de Racan, cuyo labio se comia los discursos, debian tener más autoridad, elevarse más dignamente en el sentido de la cúpula. En cuanto á lo pintoresco, dos ó tres fracs, palmeados de verde, se instalan delante de la mesa, y el vaso de agua azucarada; y es uno de ellos quien pronuncia la frase consagrada: «Se abre la sesion:» Pero por más que diga que se abre la sesion, nadie lo cree, ni aun él mismo. Sabe muy bien que la verdadera sesion no tiene que ver nada con los premios Montyon que uno de los mejores disertadores de la Asamblea, detalla y modula en fina cantinela.

Un modelo de discurso académico, escrito en estilo académico, con muchos «pero,» muchos, «por decirlo así,» que á cada momento hacen volver el pensamiento sobre sus pasos, como una devota que ha olvidado algunos pecados al confesarse, con estilo de arabescos, paráfrasis, rasgos de pluma de maestro de escuela trazados entre las frases para cubrir, llenar los vacíos, un estilo, en fin, que debe aprenderse, y que todo el mundo endosa allí, al mismo tiempo que endosa el frac de palmas verdes. En cualquier otra circunstancia, el público ordinario de lugar se hubiera pasmado ante aquella homilia, le hubiérais visto pifar, relinchar de alegría á los giros de las frases, cuyo rasgo

final hubiera adivinado. Era preciso ver, por el contrario, con qué aire de fastidio despreciativo la aristocracia asamblea asiste á aquel desfile de humildes lealtades, de fidelidades á toda prueba, existencias ocultas, encorbadas, que pasan su vida en aquella fraseología anticuada, reglamentada, como en los estrechos pasillos de provincia en que ellas hubieron de evolucionar. Nombres plebeyos, sotanas raidas, viejas anguarinas descoloridas por el sol y la lluvia, pueblecillos escondidos cuyo campanario se descubre por un momento, cimentados sus bajos muros en la voñiga de las vacas, todo esto se llena de vergüenza, de miedo, al verse evocado de tan lejos, en medio de tan rico mundo, bajo la fria luz del Instituto indiscreto, como un muestrario de fotógrafo. La noble sociedad se sorprende de que haya tan buena gente en lo comun. ¿Más aún?... ¡Ellos no han concluido de sufrir, de sacrificarse, de ser heróicos!... Los clubs declaran que aquello los revienta; Coletta de Rosen respira su frasco; todos aquellos viejos, todos aquellos pobres de que se habla son para ella «hormigas.» El fastidio se reproduce en las frentes de las estatuas y el estuco de las paredes. El orador empieza á comprender que cansa, y precipita el desfile.

¡Ah! ¡pobre María Chalaye de Amberieux-les-Combes! Tú, á quien las gentes del país llaman la Santa, que durante cincuenta años has cuidado á tu anciana tia paralítica, la has limpiado, la has llevado á la cama, la has dotado con diez y ocho sobrinitos; y vos, digno abate Bourillou, cura de San Maximino-el-alto, que ibáis en tiempo de lobos á llevar socorros y consuelos á los pastores de las montañas, ¡no sabíais que el Instituto de Francia, despues de haber premiado vuestros esfuerzos con una recompensa pública, se avergonzaría y os despreciaría, y que vuestros nombres, trastornados, embrollados, pasarían apenas percibidos entre la indiferencia y el susurro de las conversaciones impacientes ó irónicas! El fin del discurso fué una derrota. Y así como el fugitivo arroja armas y bagaje para huir más pronto, aquí con rasgos de heroísmo, angélicas

abnegaciones, lo que el orador arroja al foro sin el menor remordimiento, porque sabe que los periódicos del día siguiente reproducirán su discurso por completo y que no se perderá una sola de aquellas lindas frases retorcidas en *papillotes*. En fin, «he dicho.» Algunos ¡bravos! acompañados de ¡ah! de satisfacción. El desgraciado se sienta, se limpia el sudor, recibe las felicitaciones de dos ó tres colegas, los últimos vestales del estilo académico. Luego hay un entreacto de cinco minutos para que la sala se arregle, se acomode, se estire. De repente se hace un gran silencio. Otro frac verde acaba de levantarse.

Es el noble Fiz-Roy; y todos tienen derecho á admirarle, mientras ordena sus papelotes sobre el tapiz de la mesita. Delgado, encorvado, raquíico, de hombros estrechos, accion exagerada por dos largos brazos todo huesos; tiene cincuenta años, pero parece de setenta. Sobre su cuerpo usado, mal construido, se sostiene una cabeza pequeña, de facciones deformes, de una palidez plomiza, entre dos ralas patillas y algunos mechones de pelo á medio desplumar. ¿Recordais en *Lucrecia Borgia* á aquel Montefeltro que ha bebido el veneno del Papa Alejandro, y que se vé pasar por el fondo de la escena desplumado, roto, tiritando, avergonzado de vivir? Pues bien, el noble Fiz-Roy podia representar perfectamente á ese personaje. No es que él haya bebido jamás nada, el pobre hombre, ni el veneno de los Borgias ni ninguna otra cosa; pero es el heredero de una familia horriblemente antigua que jamás se ha cruzado en sus descendencias, el vástago de una planta ó sávia que ya no puede cruzarse. El verde de las palmas lo caracteriza más, acentuando su silueta de orangutan enfermo. El tío Sauvadon lo encuentra divino: «¡Tiene un nombre tan distinguido!... ¡Para las mujeres especialmente! ¡Un Fiz-Roy!...

El privilegio del nombre, la larga genealogía en que no faltaron los tontos ni los bestias, lo han hecho entrar en la Academia, mucho más que sus estudios históricos, compilacion indigente, cuyo primer libro solo mostraba valor. Es verdad que

otro lo habia escrito por él; y si el noble Fiz-Roy, aperciuese en lo alto, en la tribuna de la reina Federica, la sólida y fulgurante cabeza de donde habia salido su primer obra, de seguro no oprimiria en su mano las hojas de su discurso con aquel aire de supremo y desdeñoso desaffio, ni empezaria á hablar con aquella altanera y circular mirada que todo lo domina, pero que nada vé. Desde luego desmenuza diestra y ligeramente las pequeñas obras que la Academia acaba de premiar; y para hacer ver euanto aquel trabajo está por bajo de su mérito, lo toca poco, estropeando á su gusto los nombres y los títulos de los libros. ¡Cuánto divierte aquello!... Llega al fin, al premio Roblot, destinado á la mejor obra histórica publicada durante los últimos cinco años. «Este premio, señores, ya lo sabeis, ha sido concedido al príncipe Herberto de Rosen, por su magnífico *Memorial del sitio de Ragusa...*» Una tempestad de aplausos saluda aquellas palabras lanzadas con sonora voz y con un gesto de buen sembrador. El noble Fiz-Roy deja pasar aquel primer golpe de entusiasmo, luego usando de un efecto de oposicion ingénuo pero seguro, prosigue suave y dulcemente: «Señores... y se detiene; parece su mirada sobre aquella multitud que espera, que jadea, que es suya, que tiene en sus manos. Parece que dice: «¡Hé! si no quisiera hablar ahora, ¿quién sería el engañado?...» Y ciertamente lo es él, porque, cuando se prepara á continuar, nadie lo escucha.

Es que se ha abierto la puerta de la tribuna hasta entónces vacía. Una mujer ha entrado, sentándose con desembarazo, pero imponiéndose inmediatamente á la atencion general. El oscuro traje, cortado por el gran modisto, guarnecido de bordados en cola de pavo real, y el sombrero bordeado de un largo encaje de oro, encierran deliciosamente la delgada cintura y el óvalo de rosada palidez de aquella Esther segura de su Amero.

Se murmura su nombre; todo París la conoce, y desde hace tres meses sólo se habla de sus amores, de su lujo. Su hotel de la calle de Mesina recuerda por el esplendor de su instalacion

el más bello tiempo del imperio. Los periódicos han dado detalles de aquel escándalo mundano de la altura de sus cuadras, del precio de las pinturas del comedor, del número de carruajes de la desaparición del marido, que más turbado que el otro célebre Menelao, no ha querido vivir de su deshonor, yéndose al extranjero como esposo engañado del gran siglo. El nombre del comprador es lo que únicamente han dejado las crónicas en blanco. En el teatro, la dama está siempre sola en la delantera de su platea, escoltada por un par de finos bigotes disimulados en la penumbra. En las carreras, en el bosque, siempre sola en su carruaje, ocupado el sitio vacío por un enorme bouquet, y en los tableros, alrededor de un misterioso blason la tonta pero moderna divisa—«mi derecho, mi rey»—con que su amante acaba de dotarla así como de su título de condesa...

Esta vez la favorita está consagrada. Haberla puesto allí, en semejante día, en los sitios de honor reservados á las Magestades, dándole por escolta á Wattelet, el hombre-feudo de Christian, y el príncipe Axel, siempre pronto cuando se trataba de hacer alguna locura de marca mayor, era reconocerla á los ojos de todos, era marcarla públicamente con las armas de Iliria. Y, sin embargo, su presencia no excita ningún sentimiento de indignación. Hay toda clase de inmunidades para los reyes; sus placeres son sagrados, como sus personas, sobre todo en el mundo aristocrático, donde se ha conservado la tradición de las queridas de Luis XIV y Luis XV, subiendo en las carrozas de la reina ó suplantándola en las grandes cacerías.

Algunas gazmoñas, como Coletta de Rosen, tomaban un aire pudibundo, sorprendiéndose de que en el Instituto se recibieran especies semejantes; pero están seguros de que cada una de estas damas debe tener en su casa algún Tití que está muriéndose de tísis. En realidad, la impresión es excelente. Los clubs dicen: «¡Muy chic!...» Los periodistas: «¡Tiene tupé!...» Todos sonríen con benevolencia, y los númenes inmortales contemplan complacidos á la adorable jóven, que está sin afectación al borde de la

tribuna, teniendo únicamente en sus aterciopelados ojos esa fijez peculiar de las mujeres, cuando saben que son el blanco y el punto de mira de los gemelos.

También se vuelven curiosamente del lado de la reina de Iliria, para ver cómo toma la cosa. ¡Oh, muy bien! Ni un músculo de su rostro, ni una pluma de su sombrero se ha estremecido. No frecuentando las fiestas corrientes, Federica no podía conocer á aquella mujer; jamás la había visto, y sólo la miraba como un vestido mira á otro.—«¿Quién es,—preguntó á la reina de Palermo, que le contestó apresuradamente:—No lo sé.» Pero, en una tribuna inmediata, un nombre pronunciado en alta voz, y repetido varias veces, la hirió en el corazón: «Spalato... la condesa Spalato.»

Hace algunos meses que aquel nombre de Spalato la sofoca como una pesadilla. Sabe que lo usa una nueva querida de Christian, que se ha acordado que era rey para honrar con uno de los más grandes títulos de la patria ausente, á la criatura de sus placeres. Esto le ha hecho tan sensible aquella traición como todas las demás. Pero ved lo que colma la medida. Allí, en frente de ella y del niño real, aquella mujer instalada en un puesto de reina, es un sangriento ultraje. Y sin que se dé cuenta de ello, la seria y fría belleza de aquella criatura se lo hace sentir con más vehemencia. El desafío se veía claro en aquellos bellos ojos, en la insolencia de aquella frente tersa y pura, en el desden de aquella fresca boca... Mil pensamientos se suceden en su cerebro... Su gran miseria... Las humillaciones de todos los días... Ayer mismo, aquel fabricante de coches que gritaba bajo sus ventanas, y á quien Rosen ha pagado, porque preciso fué llegar á aquel extremo... ¿En dónde toma Christian el dinero que gasta aquella mujer?... Desde la superchería de las piedras falsas, sabe de lo que él es capaz; y alguna cosa le dice que aquella Spalato será la deshonor del rey, la ruina de la raza.

Por un instante, por un segundo, aquella violenta naturaleza se ve tentada á levantarse, á subir, á coger al niño de la mano

y huir brutalmente de una infame vecindad, de una rivalidad degradante. Pero piensa que es reina, mujer é hija de reyes, que Zara también será rey, y no quiere dar á sus enemigos la alegría de tal escándalo. Una dignidad más alta que su dignidad de mujer, y de que ella ha hecho la regla desesperada y orgullosa de toda su vida, la mantiene en su puesto, tanto allí, en público, como en el secreto de su devastada casa. ¡Cruel destino de esas reinas á quienes se envidia! El esfuerzo que hace es tan violento, que las lágrimas van á saltar de sus ojos, como el agua tranquila de un estanque al golpe de un remo. Pronto, para que no se la vea, coge sus gemelos y mira obstinada, fijamente, á través de los empañados cristales, la dorada inscripción LETRAS, CIENCIAS, ARTES, que se alarga y se quiebra en sus lágrimas, sobre la cabeza del orador.

El noble Fiz-Roy prosigue su lectura. Es un estilo gris como un traje de prision el que domina en el elogio pomposo de *El Memorial*, aquel libro de historia elocuente y brutal, escrito por el príncipe de Rosen, «que se sirve de la pluma como de la espada,» elogio, sobre todo, del héroe que lo ha inspirado, «el caballeresco Christian, en quien se resumen la gracia, la nobleza, la fuerza, la seducción de buen humor que siempre se tiene la seguridad de hallar en las gradas del trono.» (Aplausos, gritos de éxtasis.) Un buen público decididamente sensible, ardiente, que coge al vuelo y fija las alusiones más fugitivas. Algunas veces, en medio de aquellas frases lánguidas, resalta una nota entusiasta y verdadera, una cita de aquel *Memorial*, cuyos documentos ha suministrado la reina, sustituyendo el nombre del rey al suyo, eclipsándose en provecho de Christian. ¡Oh Dios de justicia! ¡Qué bien se lo recompensa!... La multitud saluda el paso de palabras llenas de bravura y valentía, de actos heroicos ejecutados sencillamente, encajados por el escritor en una prosa poética de donde salen convertidas en épicas relaciones de los viejos tiempos; y, á la verdad, ante la entusiasta acogida hecha á aquellas citas, el noble Fiz-Roy, que no es tonto, renuncia á

su literatura y se contenta con hojear el libro en sus más bellas páginas.

En el estrecho clásico monumento se produce un movimiento cual un aletazo refrigerante y vivificador; parece que las paredes se ensanchan, y que por la cúpula alzada entra un soplo fresco y confortante. Se respira, los abanicos no se agitan ya ritmando la atención general. No; toda la sala está de pié, todas las cabezas alzadas hácia la tribuna de Federica; se aclama, se saluda á la monarquía vencida, pero gloriosa, en la mujer y el hijo de Christian II, el último rey, el último caballero. El niño Zara, embriagado por los «bravos» como todos los niños, aplaude inocentemente, separando sus bucles con sus guanteadas manos, mientras que la reina se retira un poco, ganada también por aquel entusiasmo comunicativo, saboreando la alegría; la ilusión de un minuto, que aquel mismo entusiasmo la dá. Así ella ha llegado á rodear de una auréola aquel simulacro de rey detrás de la que se oculta, á enriquecer con un nuevo brillo aquella corona de Iliria que su hijo debe llevar un día, y con un brillo con el que nadie podrá traficar... ¿Qué la importan en aquel momento el destierro, las traiciones, la miseria? Hay minutos deslumbrantes que destruyen las más espesas tinieblas... De repente ella se vuelve, pensando rendir el homenaje de su alegría á aquel que, cerca de ella, apoyada la cabeza en la pared, pérdida la mirada en la cúpula, escucha aquellas mágicas frases olvidando que son suyas, asiste á aquel triunfo sin sentimiento, sin amargura, sin pensar ni un solo instante que aquella gloria á él solo es debida. Semejante á aquellos monges de la Edad Media que se envejecían construyendo catedrales anónimas, así el hijo del campesino se contenta con hacer su obra, verla alzarse sólida, en pleno sol. Por la abnegación, el desprendimiento de su sonrisa de iluminado, por lo que ella comprende en él de semejante á ella, la reina le tiende la mano con un dulce... «¡Gracias... gracias!...» Rosen, que está más cerca, cree que se le felicita por el triunfo de su hijo. Coje al paso aquel

mímico reconocimiento, frota contra el guante real su espeso y rudo bigote, y las dos víctimas felices de la fiesta se ven reducidas á cambiar de lejos en una mirada aquellos pensamientos inexplicables, que enlazan las almas con misteriosas y durables cadenas.

Todo ha terminado. Se levanta la sesion. El noble Fiz-Roy aplaudido, cumplimentado, desaparece como por escotillon; las LETRAS, CIENCIAS, ARTES lo han seguido, dejando vacío el puesto. Y por todas las salidas, la multitud que se apresura empieza á producir aquellos rumores de fin de asamblea ó de salida de teatro que mañana formarán la opinion de todo París. Entre aquellas buenas gentes que se van, muchos, prosiguiendo su sueño retrógrado, creen hallar sillas de manos delante del palacio del Instituto, y solo les espera la lluvia, cayendo con estrépito sobre los ómnibus y los carnavalescos coches del tranvía. Unicamente los privilegiados, al trote conocido de un tronco, continuaron meciéndose en las dulces ilusiones monárquicas.

Bajo el pórtico de columnas, mientras que un ugier llama los reales carruajes en el luciente y húmedo patio, dá placer oír á toda aquella sociedad aristocrática hablar con animacion, esperando la salida de las magestades. ¡Qué sesion!... ¡Qué triunfo!... ¡Si la República se levanta de esta!... La princesa Rosen se ve rodeada de gente... ¡Debeis ser muy feliz!—¡Sí, sí, muy feliz!... Y linda, y caracoleando, saluda á derecha é izquierda como una jaca amaestrada en un circo. El tío no sabe qué hacer á su lado, incomodado siempre con su corbata blanca y su pechera de mayordomo, que procura ocultar con su sombrero, pero muy orgulloso con el triunfo de su sobrino. Ciertamente que sabe mejor que nadie á qué atenerse sobre este triunfo, y que el príncipe Herberto no ha escrito ni una sola línea del libro premiado; pero enaquel momento no piensa en ello. Coletta tan poco, os lo juro. Verdadera sobrina de su tío por la vanidad, le bastan las apariencias; y cuando vió asomar, entre un grupo de gomosos que lo felicitan, las encradas puntas de los bigotes

de Herberto, que se acercaba, mucho dominó para no saltarle al cuello, allí, delante de todo el mundo; tan convencida se hallaba de que él habia hecho el sitio de Ragusa, escrito el *Memorial*, y de que sus bellos bigotes no cubrian una mandíbula de imbécil. Y si el buen muchacho está contento, confuso con las ovaciones que se le hacen, y las miradas que se le dirigen,—el noble Fiz-Roy le habia dicho solemnemente, «¿Cuándo sereis de los nuestros?» nada le era tan precioso como la inesperada acogida de su Coletta, el abandono casi amoroso con que se apoya en su brazo, lo que no le habia sucedido desde el dia de su matrimonio y en el desfile al sonido del órgano del coro de Santo Tomás de Aquino.

Pero la multitud se separa y se descubre respetuosamente. Los huéspedes de las tribunas descienden, todas aquellas magestades caidas que van á entrar en la noche despues de aquella resurreccion de algunas horas. Un verdadero desfile de sombras reales, el viejo ciego apoyado en su hija, la reina gallega con su hermoso sobrino, frote de telas duras como al paso de una madona Peruviana. En fin, la reina Federica, su prima y su hijo. El landó se acerca á la escalinata; ella monta con un estremecimiento contenido, bella, alta la frente, resplandeciente el rostro. La reina de la mano izquierda y de las escaleras secretas ha partido antes de levantarse la sesion con Axel y Wattlelet, de suerte que nada turba aquella salida en plena gloria... Ahora ya no hay nada más que ver, nada que decir. Los lacayos se precipitan con sus paraguas. Durante una hora, sólo se oyen pisadas de caballos, ruidos de coches, mezclados al chisporroteo de la lluvia, nombres y voces repetidas por los ecos de piedra que dominan los antiguos monumentos que pocas veces se turban en el viejo Instituto de Francia.

Aquella noche, las coquetas alegorías de Boucher pintadas sobre los entrepaños de la alcoba de Herberto, en el hotel Rosen, debieron animar sus lánguidas posturas y sus colores de vida un

poco marchitos, al oír una vocecita que murmuraba: «Soy yo... Coletta...» Era, en efecto, ella, envuelta en una túnica de noche de flotantes encajes de malinas, que venía á dar las buenas noches á su héroe, á su caballero, á su hombre de génio... Casi á la misma hora, Eliseo se paseaba solo por el jardín de la calle Herbillon, bajo las verdes bóvedas, por entre las que se descubría un cielo unido, claro, uno de esos cielos de Junio en que queda una luz eclíptica de los largos días que corta las sombras de las avenidas, y emblanquece la casa, silenciosa y muerta, con todas sus ventanas cerradas. Sólo allí, en el último piso, se veía la luz de la lámpara del rey que velaba. No se oía más ruido que el de los surtidores de los estanques, el perdido trino de un ruiseñor, al cual contestaban otros ruiseñores. La atmósfera se hallaba impregnada con los penetrantes eflúvios de las magnolias, de las rosas, del azahar después de la lluvia. La fiebre que hacía dos meses, desde la fiesta de Vincennes, no abandonaba á Eliseo, que quemaba su frente y sus manos, en lugar de calmarse entre aquella profusión de perfumes, latía vibrante, enviándole sus ondas hasta el corazón.

—¡Ah! ¡viejo loco!... ¡viejo loco!...—dijo una voz, á su lado, en un cenador inmediato... El se detuvo sorprendido. Era justa y verdaderamente la frase que él mismo repetía hacía una hora.

—¡Loco... miserable loco!... Debían arrojarte al fuego á tí y á tu herbario.

—¿Sois vos, señor consejero?

—No me llameis consejero... Yo no soy ya nada... Nada, nada... ¡Ni honor... ni inteligencia!... ¡Ah porcol!...

Y Boscovich, sollozando con una fuga enteramente italiana, sacudía su des poblada cabeza, bizarramente iluminada por la luz que penetraba por entre los racimos de lilas. El pobre hombre estaba un poco trastornado hacía algún tiempo. Unas veces alegre, decididor, fastidiaba á todo el mundo con su herbario, su famoso herbario de Leibach, en posesión del cuál iba á entrar muy pronto, según decía; luego de repente se interrumpía en

medio de aquel flujo de palabras, lanzaba miradas á uno y otro lado, enmudecía, y ya no se le podía sacar una palabra del cuerpo. Esta vez Eliseo creyó que estaba completamente loco, cuando, después de aquella explosión infantil, le vio saltar hácia él, y cojerle el brazo gritando como un desesperado.

—Es imposible, Meraut... Es preciso impedirlo...

—¿Impedir qué, señor consejero?—dijo el otro tratando de desprender su brazo de aquella presión nerviosa.

Y Boscovich, jadeante, en voz baja, prosiguió:

—El acta de renuncia está pronta... extendida por mí... En este momento el rey la está firmando... Yo jamás hubiera debido... *Ma che... ma che...* El es el rey... Y luego mi herbario de Leibach... me prometió entregármelo... Piezas magníficas...

El maniático estaba solo... Eliseo no le escuchaba, aturdido con aquel terrible golpe... Su primero, su único pensamiento fué para la reina. ¡Hé aquí el premio de tanto desinterés, de tanta abnegación, el fin de aquel día de sacrificios!... ¡Reducida á la nada toda aquella gloria trenzada alrededor de una cabeza que no quería corona alguna!... ¡En el jardín, súbitamente oscurecido, no se veía más que aquella luz, allá arriba, iluminando el misterio de un crimen! ¿Qué hacer? ¿Cómo impedirlo?... Sólo la reina... Pero, ¿podría llegar hasta ella?... Lo cierto es que la dama de honor Mme. de Silvis, la misma reina, todo el mundo creyó que había fuego en el castillo, cuando Eliseo pidió hablar con S. M. Por todas las habitaciones se oyó el cacareo de mujeres asustadas, una pajarera despierta antes de la hora. Por fin, Federica apareció en el saloncillo envuelta en un peinador azul que modelaba sus bellos brazos y sus admirables hombros. Jamás Eliseo se sintió más cerca de la mujer.

—¿Qué pasa?—preguntó muy bajo, muy rápido, con ese parpadeo que espera y ve venir el golpe... A la primera palabra saltó:

—¡Eso no puede ser!... ¡No será mientras yo viva!

La violencia del movimiento conmovió las masas fosfores-

centes de su cabellera, y para sujetarlas tuvo un gesto trágico y libre que hizo deslizar sus mangas hasta el codo.

—Despertad á su alteza,—dijo á media voz en la acolchada sombra de la vecina habitacion; luego, sin añadir palabra más, subió al cuarto del rey.

X

Escena conyugal.

Toda la mágia de aquella noche de Junio entraba por la ancha ventana abierta del gran salon, donde un sólo candelero encendido dejaba bastante misterio para que el claro de la luna se fijase en las paredes á modo de vía láctea, é hiciese relucir la barra pulimentada de un trapecio, el arco de una guzla suspendida ó la vidriera de una biblioteca bastante mal guarnecida, que los cajones de Boscovich acababan de llenar exhalando un olor acre y podrido de un cementerio de plantas secas. Sobre la mesa, entre papelotes llenos de polvo, se veía un Cristo de plata ennegrecida; porque aunque Christian no trabajase se acordaba de su educacion católica, se rodeaba de objetos de piedad, y algunas veces, divirtiéndose con meretrices, mientras sonaban á su alrededor los roncans cantos del placer, su mano empuñada por la embriaguez, repasaba dentro del bolsillo las cuentas de un rosario de coral que siempre llevaba consigo. Al lado del Cristo se veía una ancha y vasta hoja de pergamino llena de una gruesa letra un poco temblorosa. Era el acta de defuncion de la soberanía, perfectamente extendida. No faltaba más que la firma, un